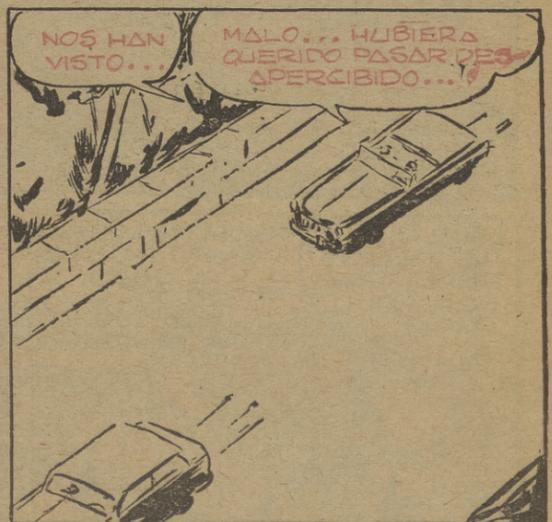


SALLY REPORTER



¿QUE VIENE EL TORO!



Max Conant se dirigió con pasos rápidos al despacho del empresario Mr. Morgan. Abrió la puerta de cristales y se sentó con desenfado sobre la mesa.

—¿Qué tal, Morgan? Vengo a por el contrato para la semana próxima.

—En mal momento has venido, Max. No hay contrato para ti en mucho tiempo.

—¿Tanto os ha afectado mi última derrota ante Kid Bambú?

—La última y las anteriores. Siento decirlo, Max, pero tu carrera se extingue. Ya no eres el de antes, has perdido forma y sólo tienes grasa en vez de músculo. Tus "hinchas" lo son ahora de Kid Bambú.

Max apagó el cigarrillo y se levantó para irse.

—Anuncia para la semana próxima mi combate de revancha contra Kid Bambú. Sobre precio, el mismo de siempre.

Mister Morgan se tuvo que levantar y chillar para que le oyese Max, que ya abría la puerta de cristales sin esperarse a la respuesta.

—¡Fh, Max! Escucha, si no ganas este combate, será el último de tu carrera...

Las palabras fueron ahogadas por el ruido de la puerta al cerrarse.

El combate se anunció ante una general expectación; sus "hinchas" irían a verlo con un resto casi extinguido de esperanza de volver a tener el ídolo de antes. Kid Bambú acaparó por una gran mayoría las apuestas, y como nota paradójica, Max Conant también apostó por Kid, valiéndose de un amigo entrañable, con el fin de sacar en éste, su último combate, el mejor partido posible.

Max subió al "ring" tan sonriente, y rebosante de optimismo como siempre. La aparición de Kid Bambú fue recibida con una estruendosa salva de aplausos; era un negro joven, todo músculo, y flexible como un tiburón. El combate comenzó en seguida; Max se reticaba, distribuyendo sus energías lo más económicamente posible para llegar a un final, aunque perdido, no muy deshonroso.

La paciencia de Max llegó a su límite, enardecido por la gritería general, y ciego a su táctica se lanzó a fondo, dando su réplica con una lluvia de golpes contundentes que hicieron retroceder a Kid; el público calló como por encanto, y ansioso siguió la nueva fase que tomaba el combate. Max golpeaba como un toro enfurecido, Kid esquivaba lo mejor posible, reservándose para la ocasión propicia, que no tardó en presentarse; las ener-

Su última victoria



gías abandonaron pronto a Max, y el cansancio se fué apoderando de él. Kid se lanzó entonces a fondo, golpeándole sin piedad. Max se mantenía en pie por un supremo esfuerzo de voluntad, lanzaba zarpazos sin ton ni son, y a cada golpe que arribaba, retrocedía o se tambaleaba como un borracho. El público comenzó a animar a Kid, coreando a un tiempo los golpes que propinaba a Max; un formidable "up-percut" lo lanzó pesadamente contra las cuerdas, y como un fardo cayó a la lona sin oír el vitoreo que dedicaban al vencedor.

Max salió de la enfermería con algunos parches sobre la cara, y un fajo de diez mil dólares en el bolsillo, los suficientes para dedicarse a cualquier negocio que le permitiese vivir sin la ayuda de sus amigos. Se encaminó por una de las calles de Bronx, silbando una canción, cuando a volver una esquina algo que vio le hizo pararse indeciso. Tres coches bloqueaban la acera del Duncan Park, y ellos salieron varios hombres, que se situaron estrat-

tégicamente con las manos en los bolsillos. Max dió un respingo al reconocer a uno de los ocupantes de un coche que en ese momento bajaba y se quedaba al acecho en la acera. En ese instante sonaron varios disparos dentro del edificio del banco; los que vigilaban las aceras sacaron pistolas y ametralladoras encañonando a los transeúntes para dejar la salida libre a sus compañeros, que desvalijaban la caja fuerte. Max se adelantó hacia los "gangsters", y de un sobrio manotazo atrapó al conocido antes de que éste tuviera tiempo de aperibirse y lo metió de un empujón en un portal, seguidos por una rociada de plomo. El agredido se volvió con la pistola dispuesta cuando sintió que el arma volaba de otro manotazo.

—¿Te tendré que dar en el cogote para que te estés quieto de una vez?

—¡Max! ¡Tú...!

—Si, yo. ¿Qué hacías entre esa gente, Steve? No me digas que jugabas a los "gangsters".

—Creo... creo que has hecho bien, Max —balbuceó.

Por la calle se oía un nutrido tirotear. —Algo gordo te ha debido pasar, Steve. Si no lo veo no lo creo; todo un ahogado metido en estos negocios. ¡Y Elena! Cuéntame lo que te ha ocurrido.

—Al año de casarme todo empezó a irnos mal, perdí el pleito que llevaba la compañía donde trabajaba, y fui despedido, cerrándoseme todas las puertas; después nació mi hijo, vivíamos a crédito y éste se agotó precisamente cuando Elena más lo necesitaba; ahora está en el hospital con nuestro hijo esperando que lleve el dinero necesario para su operación... que de no hacerse morirá irremediablemente. Me volví medio loco y me enrolé en esa banda; Elena no quería... pero yo no puedo dejarla morir, no puedo... la necesito más que nunca. —Las lágrimas veían su voz.

—¿Y no pudiste venir a verme! ¿Verdad? ¡Esa es la clase de amistad, la que mereces que te rompa...!

Steve se calmó y esbozó una débil sonrisa.

—He seguido tu vida por los periódicos y ya he visto que la suerte no te favorece mucho, Max.

—¡Bah! Esas derrotas las tiene el más pintado, pero no me faltan los contratos, que es lo principal; además, tengo borrado un buen puñado de dólares.

Max se metió la mano en el bolsillo y descuidadamente sacó el fajo de billetes, que lo traspuso al de Steve.

—Toma, tú has sido mi última victoria. La semana próxima pasará a ver a Elena y al chiquillo.

El tirotear había cesado y un gran murmullo se oía en la calle, de la gente curiosa que se arremolinaba frente al Duncan Park. Max se despidió de Steve dándole tiempo de expresar su agradecimiento. Se abrió paso entre el numeroso público y, a grandes zancadas, se dirigió a las oficinas de Mr. Barton. Penetró como le era habitual, cuando un portero se cuadró ante él, impidiéndole el paso al despacho.

—Quiero ver al señor Barton.

—El señor Barton me dió órdenes de no dejarle pasar.

Max se volvió despacio y salió de nuevo a la calle con las manos en los bolsillos; suspiró hondamente y se fué silbando tranquilamente calle adelante, como si todo hubiese ocurrido normalmente para él.

V. RAMOS

El chiste de la semana



—¿Entonces es verdad que este lugar es bueno para el reuma?
—Ya lo creo, joven. Aquí pillé yo el mio hace 30 años y aún lo conservo.

CRUCIGRAMA

1	2	3	4	5	6
1					
2					
3					
4					
5					
6					

HORIZONTALES: 1 Vendedor de miel. — 2 Al revés, cubre. — 3 En Inglés, coche. Posesivo. — 4 Voz de mando. Porción grande de agua. — 5 Entregaré. — 6 Al revés, que produce lesión.
VERTICALES: 1 Soberano del Japón. — 2 Casualidad. — 3 Dios doméstico. Al revés, marchar. — 4 Al revés, pronombre personal. División del año. — 5 Composición poética. — 6 Al revés, relativo a la poesía propia para el canto.

Solución al crucigrama anterior

Horizontales: 1 DECADA. — 2 I. EMIR. — 3 NAO. VE. — 4 AL. PON. — 5 MUSA G. — 6 OBIIRA.
Verticales: 1 DINAMO. — 2 E. ALUB. — 3 CEO. SI. — 4 AM. PAR. — 5 DIVO. R. — 6 ARENGA.



Las ranas, pidiendo al rey

Fábula de Saman.ego

Sin rey vivía, libre, independiente, El pueblo de las ranas felizmente. La amable libertad sólo reinaba En la inmensa laguna que habitaba; Mas las ranas al fin un rey quisieron, A Júpiter excelso lo pidieron; Conoce el dios la súplica importuna, Y arroja un rey de palo a la laguna; Debíó de ser sin duda buen pedazo, Pues dió su majestad tan gran porrazo, Que el ruido atemoriza al reino todo; Cada cual se zambulle en agua o lodo, Y quedan en silencio tan profundo Cual si no hubiesen ranas en el mundo. Una de ellas asoma la cabeza, Y viendo a la real pieza, Publica que el monarca es un zoquete. Congrégase la turba, y por juguete Lo desprecian, lo ensucian con el cieno, Y piden otro rey, que aquel no es bueno, El padre de los dioses, irritado, Envía a un culebrón, que a diente airado Muerde, traga, castiga, Y a la mísera grey al punto obliga A recurrir al dios humildemente.

«Padeced, les responde, eternamente; Que así castigo a aquel que no examina Si su solicitud será su ruina.»

CURIOSIDADES

El tigre es uno de los felinos más fieros y sanguinarios de cuantos existen. Es sumamente ágil y ataca al hombre. Se le caza a pecho descubierto o sobre elefantes, cuando de apuntarle en la frente, pues si no cae muerto al primer tiro, se arroja sobre el cazador y le despedaza. En la isla de Java es diversión favorita encerrar varios tigres en unas jaulas y ponerlas frente al palacio del reyzeuelo, alrededor de las mismas se forman los soldados en tres o cuatro filas de fondo, armados con largas picas. A una señal sueltan un tigre y éste, receloso, da vueltas buscando la manera de salir del cerco; resuelto al fin intenta franquear las picas, y es rechazado tantas veces como lo intenta, hasta que, rendido de fatiga y acibillado de heridas, cae inerte en mitad de la arena.

ANECDOTA

El general Washington tenía más ingenio del que la historia parece dispuesta a reconocerle. En una ocasión, estando de sobremesa, se quejó de que el fuego de la chimenea a sus espaldas era excesivo.
—Pero, señor —objetó un comensal—; es propio de un general resistir el fuego.
—Sin embargo —contestó instantáneamente Washington—, no es propio de un general recibirlo por la espalda.

PENSAMIENTO

Una mujer perdona a un hombre el mal que le ha hecho, pero jamás los sacrificios que se ha impuesto por ella. — SOMERSET MAUGHAN.

La mujer espera al hombre —dijo Bernard Shaw—, pero como la araña a la mosca. — ANTOINE MAUROIS.

Las mujeres se dividen en dos clases: las descuidadas que pierden los guantes, y las cuidadosas que sólo pierden uno.

Rompecabezas



Con la letra inicial de estos siete dibujos se puede formar el nombre de una famosa obra literaria española.